

LAS ESCULTURAS CERÁMICAS DE LOUIS MENDEZ

Por: Héctor Ceballos Garibay

Nueve esculturas cerámicas nos convocan a esta fiesta cultural que se inaugura hoy en el Museo Regional Michoacano. Y digo bien, fiesta cultural, pues no se trata de otra cosa cuando la muestra artística que aquí se expone se convertirá desde este momento en una deliciosa fuente de placer estético para el público asistente, en una forma peculiar de encontrar esa felicidad ciertamente efímera pero intensa que se logra gracias a la magia del hecho artístico.

En esta noche festiva no voy a referirme a la exitosa y prolongada trayectoria creativa de Louis Mendez, afamado artista-ceramista neoyorquino, sino que, a manera de somera presentación de su obra a los michoacanos, haré sólo tres reflexiones a vuelapluma sobre algunas de las connotaciones artístico-culturales que pueden derivarse de estas nueve cabezas de inspiración totémica, tan misteriosas y al mismo tiempo agradables a la vista.

1) Quizá esta primera consideración le resulte a Louis Mendez demasiado obvia y hasta carente de sentido, sobre todo porque ella es formulada en una época signada por la ecléctica sensibilidad posmoderna. Pero una vez que se ubica el comentario en un ámbito atrasado y provinciano como resulta ser el nuestro, en donde por desgracia aún proliferan los prejuicios de la estética canónica del siglo XIX, entonces aparece diáfano el porqué no está de más insistir en la total obsolescencia de aquella perniciosa distinción entre el arte y la artesanía (considerada ésta como “arte menor” o como un oficio carente de trascendencia estética). Esta concepción discriminatoria que hemos padecido a lo largo de tantos años se vuelve aún más insostenible e inadmisibile de cara precisamente a ese imponderable legado artístico que ha sido el fruto de la ancestral y persistente tradición artesanal en nuestro ámbito geográfico e histórico, ya se aluda a la riquísima producción mesoamericana en general o a la purépecha en particular.

En los tiempos que corren, cuando en el mercado y en los museos coexisten con igual legitimidad artística una gran diversidad de corrientes y estilos estéticos: el arte efímero, el hiperrealismo, la transvanguardia, la abstracción pospictórica, el arte conceptual y todas las variantes de la estética clásica; y cuando oficios utilitarios (ajenos a la divisa del “arte por el arte”) tales como el diseño gráfico e industrial, la fotografía comercial y periodística, la arquitectura y la artesanía, etc., son

considerados como actividades creativas que también pueden generar objetos con aura estética particular y original, se vuelve desatinado subestimar propuestas artísticas tan interesantes como la que nos ofrece Louis Mendez en esta exposición. Me refiero, sobre todo, al objetivo eficazmente conseguido de resignificar y redimensionar el arte antiguo mesoamericano (en particular las cabezas olmecas), utilizando para ello técnicas cerámicas y diseños texturizados de enorme impacto decorativo.

2) En efecto, tal como lo hiciera Henri Moore al abreviar de la estatuaria precolombina, Picasso al inspirarse en el arte negro, Gauguin y Matisse al recuperar el decorativismo y el intenso colorido de la estampa japonesa, y tantos célebres escultores del siglo XX que han retomado y reivindicado planteamientos estéticos como la simplificación formal y el abstraccionismo, atributos presentes de manera esplendorosa en el arte primitivo (por ejemplo en las Venus del Paleolítico o en el delicioso arte cicládico), así también ocurre con Louis Mendez, quien pertenece a esta noble estirpe de creadores que le apuestan a un constante juego dialéctico entre lo viejo y lo nuevo, lo antiguo y lo moderno, lo primitivo y lo vanguardista. Y el resultado en este caso no podía ser más halagüeño: esculturas que no sólo traslucen explícitamente su fundamento arcaico, sino que, gracias tanto a la filigrana en el estampado y en la texturización (elementos originalísimos del artista), así como al “toque moderno” materializado en ellas, al mismo tiempo nos ofrecen una propuesta plástica novedosa y trascendente, muy acorde con esta larga tradición de venturosas resignificaciones de las estéticas primitivas.

3) No obstante que buena parte del arte premoderno, más aún si nos referimos al arte antiguo mexicano, se originó en contextos donde prevalecían las idiosincrasias místico-religiosas y bajo el influjo de concepciones mítico-mágicas, en el caso de las obras del artista neoyorquino, por el contrario, sus cabezas y monolitos pertenecen a un universo profano y secular que vale únicamente por sus valores estéticos intrínsecos. Desde esta perspectiva laica, el hieratismo de las colosales estatuas olmecas se transfigura, por obra y gracia del maestro, en rostros ciertamente impávidos pero nunca atormentados. Más aún, podría advertirse en ellos un cierto dejo de coquetería. Así pues, no predomina en estos semblantes el rictus fúnebre y malencarado de la así denominada “sonrisa olmeca”, tampoco son efigies que amedrenten o muestren angustia, más bien semejan estados de ánimo congelados en una gestualidad más cercana a la placidez o quizá a la templanza. Además de no tener nada que ver con la muerte ni guardar connotaciones religiosas, estas cabezas cerámicas que hoy degustamos nunca pierden, por fortuna, esa prodigiosa cualidad de ser masas sensualmente modeladas, descripción que utilizara Miguel Covarrubias al referirse a la estatuaria olmeca.

Finalmente, y ya para cederle el paso al convivio cultural que nos aguarda, me es grato enfatizar ante ustedes la feliz correspondencia entre una obra saturada de implicaciones lúdicas y eróticas, y la personalidad hedonista de Louis Mendez, a quien conocí hace apenas cuatro días, un individuo que amén de ser erudito en cuestiones etnológicas y diestro en su oficio como ceramista, también me ha sorprendido por llevar consigo dos cualidades cada vez más raras en el mundo mercantilizado y egocéntrico del arte: la nobleza y la sencillez.